

## Los métodos de Kurtz

Por Jorge Luis Marzo

*"¿Todo por qué? Porque el método es absurdo." '¿Llama usted a eso', dije yo, mirando hacia la orilla, 'un método absurdo?' 'Sin duda', declaró con ardor. '¿Usted no?'*

*'Yo no veo ningún método en absoluto', murmuré después de un momento. 'Exactamente', exclamó."<sup>1</sup>*

I

---

Las relaciones entre Europa y Africa siempre empiezan de la misma manera. Primero te meten Africa por la vena. Una hipodérmica desechable hace las veces de carta de presentación: tifus, fiebre amarilla, difteria, meningitis, hepatitis. Como si de una colección de trofeos de explorador se tratara, la aguja absorbe, lenta pero decididamente, los diferentes virus encerrados en unos pequeños frascos, perfectamente etiquetados.

- "¿Ha tenido algún antecedente de cuadro nervioso, depresión, ansiedad...?"

La pregunta de la doctora de la oficina de medicina tropical me sobresalta. Nadie me pregunta ese tipo de cosas cuando me voy al Canadá o a Holanda. ¿Tendrá que ver con el hecho de que me voy a Guinea Ecuatorial?

La doctora me aclara que algunos tratamientos anti-maláricos están contraindicados en personas que han tenido algún trastorno psicológico.

- "Y en el caso de que efectivamente contraiga la malaria, tómese estas tres pastillas de Farsidán. Pero recuerde tomar las tres de golpe hasta que pueda llegar al centro médico más cercano".

---

<sup>1</sup> Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, 1899. En adelante, las mayoría de citas en cursiva pertenecen a la novela.

"Hasta que pueda llegar...". En el mapa que cuelga de la pared de la consulta, una franja negra ocupa toda la zona tropical del planeta: el área amazónica, las selvas tropicales de Asia y sobre todo, en medio de una gran mancha oscura, Africa central. Ante este mapa sin colores, te asalta enseguida una sensación extraña. No hay ni el rojo, ni el azul, ni el verde ni el amarillo, que uno siempre puede identificar con estados o regiones. Sólo hay una gran banda oscura.

Con un gesto que imagino tantas veces repetido, la doctora levanta la cabeza y coloca un dedo sobre el Golfo de Guinea, en el lado izquierdo de la gran mancha. Después vuelve su mirada de nuevo hacia mi, pero sin quitar el índice del mapa.

- "Esta es la principal zona de malaria."

Comienza a hablarme del repelente, de la ropa que debe cubrir toda mi piel y de los horarios alimenticios de los mosquitos africanos. Me habla de la filaria, del agua, de la cocción de los alimentos, de los protectores solares y, por supuesto, de los condones. Me habla, en fin, del infierno.

*"¿Tiene algún antecedente de locura en su familia?"*, le preguntó el doctor a Marlow en Bruselas, al hacerse el reconocimiento médico antes de partir hacia el Congo: *"Recuerde que allí lo más importante es mantener la calma"*, le aconseja el galeno, entre burlón y desdeñoso.

Al salir de la consulta, con el brazo dolorido, sigo escuchando como un eco las últimas palabras de la doctora: "Puede que se encuentre afebrado durante algunos días". Lo que interpreto como: "Váyase acostumbrando".

La doctora no me habla en ningún momento de las gentes, ni de sus culturas, ni de aspectos sociales o políticos. Claro que no es ése su cometido, no se trata de una agencia de viajes, sino de algo serio, clínico y objetivo: simplemente me inocular en la sangre una apoteosis de peligros y hostilidades... como prevención, no fuera a ser que sucumbiera allí en medio, en el corazón del contagio.

¿Métodos? ¿qué métodos? Mientras los viajes al interior de Africa durante el siglo XIX comportaban una minuciosa preparación por parte de los exploradores, una vez se llegaba allí los europeos se guiaban fundamentalmente por el instinto y el coraje: ¿son éstos los métodos cuando uno va al encuentro de "los otros"? Es curiosa la prestidigitación de Europa: decidió disociar claramente el principio de "método organizativo" de la "estrategia" que debía aplicarse una vez ya en suelo africano. Porque, en realidad, el instinto y el coraje tienen como objetivo la "supervivencia". La metáfora marinera que transmite *El corazón de las tinieblas* es la vulnerabilidad cuando uno "se ha bajado del barco", del barco del sistema y del método:

*"¿Cómo poder imaginar entonces a qué determinada región de los primeros siglos pueden conducir los pies de un hombre libre en el camino de la soledad, de la soledad extrema donde no existe policía, el camino del silencio, el silencio extremo donde jamás se oye la advertencia de un vecino generoso que se hace eco de la opinión pública? Estas pequeñas cosas pueden constituir una enorme diferencia. Cuando no existen, se ve uno obligado a recurrir a su propia fuerza innata, a su propia integridad."*

Todo radica en la legitimidad de cualquier acto. La ideología de la supervivencia conlleva una apoteosis del sufrimiento y de las dificultades, propia de la figura del pionero, del héroe que persigue una pasión con entusiasmo. El tamaño del héroe se mide por la dificultad que debe superar. En este sentido, por ejemplo, las *fiebres* –de las que me hablara tan respetuosamente la doctora de medicina tropical– representarán en el discurso colonial "un mito necesario para dar sentido a los peligros mortales de la exploración; una metáfora que ocultaba lo que, de otra manera, eran simples brutalidades"<sup>2</sup>.

La idealización de la fiebre responde a un profundo miedo al contagio, porque el proyecto civilizador del colonialismo está justificado

---

<sup>2</sup> Johannes Fabian, *Out of Our Minds. Reason and Madness in the Exploration of Central Africa*, 2000

por la higiene que trae (como en el caso de las tecnologías de la globalización) y por el vacío que le acompaña: *"En una ocasión en que varias enfermedades tropicales habían reducido al lecho a casi todos los 'agentes' de la estación, se le oyó decir al director: 'Los hombres que vienen aquí deberían carecer de entrañas.'* Los hombres vacíos son los que sobreviven en la guerra: no pueden contagiarse, porque no hay nada a lo que la enfermedad pueda agarrarse. Además, el hombre sin entrañas está hueco porque necesita siempre sitio en cada nueva ingestión. Y las comidas se producen con la animalidad de la hiena, siempre pululando en busca de presas fáciles: en la animalidad de la acción, en cada momento, en cada lugar. Kurtz es el hombre vacío, sin entrañas, no porque carezca de capacidad de afecto, sino porque el afecto queda engullido en el siguiente: en la sombra que delimita el deseo de su consecución: *"Resonó violentamente en su interior porque tenía el corazón vacío"*.

Frente a la soledad tras bajarse del barco, sólo queda la épica de la acción, la gloria de la supervivencia: *"En este país se puede hacer todo, todo. Eso es lo que yo sostengo; aquí nadie puede poner en peligro tu posición. ¿Por qué? Porque resistes el clima. Sobrevives a todos los demás. El peligro está en Europa"*. Una planificación individual y en grupo sobre la propia seguridad comporta la creación de una estrategia ante los posibles peligros y amenazas que puedan venir: una visión compulsiva, inmediata y expansiva pero que deposite en su mirada lejana la ilusión de una misión. Así, la estrategia en el sobrevivir conduce directamente a la aculturación y a la deconstrucción de cualquier sistema hasta reducirlo a la desintegración, sin permitirle guardar ningún esquema de futuro, porque solo vale sobrevivir, dando siempre un paso adelante. Sin embargo, sobrevivir, ¿para qué? La superación de una naturaleza hostil debe ir acompañada de un premio, tan enorme como el mito que ha de enfrentar: el dinero. *"Lo que a nosotros nos salva es la eficiencia"*, dice Marlow a sus oyentes. Interesante apreciación pues indica que el dinero sí se rige por métodos, por métodos matemáticos basados en la progresión geométrica de los

resultados. Hay que ser eficiente: *"No pude contenerme y en una ocasión le pregunté por qué había ido a parar a aquellos lugares. 'Para hacer dinero, por supuesto. ¿Para qué otra cosa cree usted?', me dijo desdeñosamente. Después tuvo fiebre y hubo que llevarlo en una hamaca colgada de un palo."*

Entre las fiebres que hacen sucumbir al turista y la fiebre del dinero que ha levantado el hotel en el que se hospeda, se desarrolla la tragicomedia occidental en el mundo. La fiebre del lugareño no cuenta: "ya están del todo acostumbrados", comenta divertido un ingeniero canadiense del petróleo en la terraza de un hotel de Bata, Guinea Ecuatorial.

### III

---

El aeropuerto internacional de Malabo es a simple vista un grupo de casuchas presididas por decenas de personas. Todo está quieto estando en movimiento. No se aprecia ningún orden en absoluto, ningún método, a no ser por un cierto recorrido marcado por garitas dentro de los edificios. Los itinerarios de quienes caminan por las instalaciones no parecen responder a un esquema claro. Pero se trata de un orden invisible. Todo el mundo, de uniforme o no, parece tener un mismo quehacer: hacerse visible o invisible según convenga. Allí la gente se dedica a encender o a apagar la luz, dependiendo del grado de oscuridad que cada situación requiera.

Un hombre de edad mediana invita a unas cervezas al salir del aeropuerto. Dudo. Porque no sé si está la luz encendida o apagada.

### IV

---

En el aparato de tv de un modesto hotel de Malabo, el Chana, el recepcionista, un chico callado que siempre baja la mirada cuando habla con los clientes –seguramente para evitar reconocerlos cuando entran con amantes o putas– atiende fijamente el telediario, bramando a todo

color, en el canal internacional de TVE: –"No me lo puedo creer. Nunca lo hubiera dicho. Parecía un chico tan majo, tan normal, tan amable".

Es el comentario de la inquilina en zapatillas del 3º2ª ante las cámaras. Por la noche, mientras los vecinos dormían, la policía había irrumpido en el 4º1ª deteniendo a un peligroso terrorista. Otra mujer, con la puerta de su casa entreabierta, se decide a salir al rellano, se acerca a los micros y confirma el testimonio, con un marcado acento catalán: "–Siempre me ayudaba a subir las bolsas del super. No me lo puedo explicar".

El recepcionista del hotel no dice nada. Le pregunto directamente sobre la situación de los bubis en la isla ante algunas de las persecuciones a las que han sido sometidos por el gobierno y por los extremistas fang. Dice que todo está bien y que él es fang, pero no extremista. Y que los bubis son raros y están todo el día por ahí sin hacer nada. No quita los ojos de la pantalla mientras sigue estirado en la butaca, con los pies por delante. –"Qué oscuro está todo ese asunto de los vascos. ¿Y por qué no acabáis con ellos?" me espeta, en un lento castellano. Le explico lo que, en mi opinión, podría ser una buena solución. Ambos callamos: la figura del presidente Aznar aparece en la pantalla, en un rueda de prensa. ¿Dónde estoy? Habla del mundo de los violentos y de la situación en Euskadi. Cuando a los veinte segundos cambia la noticia, el recepcionista, sin quitar ojo de la tele, me pregunta: "Lo que ha dicho era que iban a dar palo duro, ¿no?"

Intento responder algo. Pero la conversación se desvía y toda mi credibilidad se hace añicos al enterarse de que no tengo ni coche ni casa propia, ni hijos. El tampoco parece tener nada de eso, pero se le vé decepcionado por mi situación. –"Yo pienso trabajar mucho", dice, "algún día iré a España a hacer dinero de verdad, pero el viaje es largo y peligroso, porque a mi no me gusta el mar, así que lo haré por tierra".

Me doy cuenta de hasta qué punto la historia es como un guante que se dobla hacia adentro y hacia fuera. Recorrer cinco mil kilómetros desde el centro de Africa; cruzar decenas de fronteras; rodar por carreteras infestadas de trampas, de controles; pasar el Sahara; llegar a

Europa para sucumbir a la jungla del asfalto: la historia de la exploración moderna, llena de quimeras y entusiasmos siempre está basada en ese pegamento invisible que hace que el recepcionista me cuente todo eso sin quitar el ojo del canal internacional de TVE, de la misma manera que los exploradores europeos de hace 100 años fijaban sus miradas en los mapas y se juraban que un día irían a Africa.

No conoce la novela *El corazón de las tinieblas*. Dice que no. Le cuento el argumento por encima. En ese momento, comienza la información deportiva lo que le dá pie para hablarme de algunos africanos que juegan en la liga española: –"Esos sí que ganan dinero, todo el día rodeados de coches y blancas. No debe ser fácil estar metido en esos rollos, convertirse en un rey y que todo el mundo vaya detrás de ti, pero al menos consiguen lo que quieren. Es como ese tipo de la novela de la que me hablas".

Se abre la puerta de la entrada y aparece alguien que saluda con familiaridad al recepcionista. Se sienta con nosotros, mientras me escudriña el pelo, los ojos, los zapatos. Comienzan a hablar en fang, pausadamente. Deduzco que el recepcionista le está haciendo un resumen de algunas de las cosas que hemos estado charlando. Cuando acaban de hablar, el amigo se me queda un rato mirando, con cara de sorpresa, probablemente debido a que también sabe que no tengo coche. Después fija su atención en la televisión, en ese momento llena de anuncios. –"Yo tengo una amiga en Valencia", señala; "era muy buena chica, pero mi tio me ha dicho que ahora es puta. Mi tio siempre me dice que en España hay que tener mucha calma y paciencia para conseguir que las cosas salgan adelante. Dice que si pierdes los nervios, entonces no tienes nada que hacer".

Volvemos a quedarnos en silencio frente a un Nissan a toda velocidad a través de un bosque. Sería exagerado decir que aquel televisor producía un estado hipnótico en quien lo miraba; era más bien el silencio, ese habitual aliento contenido en el momento en que la hipodérmica entra en el brazo, inyectándote las vacunas. Los africanos también padecen una presentación profiláctica de occidente: es a través

de la televisión que se inoculan los virus necesarios para sobrevivir en Europa.

## V

---

En 1951, durante la guerra de Corea, el general Douglas MacArthur, propone al presidente Truman arrastrar a China a la guerra. El presidente retirará al general del mando por miedo a perder el control de los acontecimientos bélicos y provocar una guerra generalizada. En 1953, el presidente Eisenhower vuelve a pedir consejo a MacArthur sobre cómo actuar en la guerra. Éste le responde: "Lanzando bombas atómicas sobre instalaciones y concentraciones militares enemigas en Corea del Norte y atacando directamente a China".

La lógica de la guerra capitalista moderna (*"exterminadlos a todos"*) tiene unos efectos de fagocitación que deben ser frenados por el propio sistema para que éste consiga sobrevivir. MacArthur y Kurtz representan los estadios exteriores y extremos de un sistema abocado a la falta de restricción, pero orgulloso porque se denuda en cortar los caminos al abismo. Alexander Pope escribió que hay dos principios en el reino de la naturaleza humana: el amor propio que lleva a la inmediatez y la razón que ayuda a la restricción. Y es por esta razón que el engranaje mismo se legitima: porque asegura que los personajes que llevan hasta las últimas consecuencias la lógica mecanicista del poder, queden controlados y desactivados. Hablamos de un sistema que promueve la creación y encumbración de unos determinados métodos, cuya lógica final no es otra que la desaparición de todo método. MacArthur parecía abogar por "ningún método en absoluto"; no entraba en un ejercicio retórico plausible, simplemente apostaba por acabar de una vez por todas con el enemigo. Su capacidad para devorar lo que él mismo creaba a su alrededor implicaba deshacerse del juicio... y actuar. En esa plétora de actividad, que nunca aminora, que jamás se marchita, que se retroalimenta como si de una dinamo se tratara, el juicio se fundamenta fugazmente en el día a día, en la levísima brisa que puede



hacer cambiar una opinión. La acción sin método, ilógica del capitalismo fuera de Occidente, lleva a la catástrofe. La ingesta continuada de alimentos lleva al terror y a la parálisis: sometido a una bulimia cuyo único método es el consumo desenfrenado, Europa acaba encumbrando la aventura de la gula como el verdadero motor de toda actividad.

El explorador Lyautey escribía a finales del siglo XIX: "La alegría del alma está en la acción; la acción, la santa, la divina acción. Yo he sido cogido para toda la vida, conquistado hasta la médula por la acción inmediata. Cuando se ha pasado el día en la vanguardia abriendo con el hacha un camino entre la maleza, rastreando en el suelo indicios de pasos, marchando con el agua hasta la rodilla, yo os aseguro que no hay tiempo para interrogar el alma".

En esa alegría del alma reflejada en la cara sudorosa de un explorador, en ese mundo privado, personal y a menudo anodino, se perpetran muchas barbaridades. En el ir desbrozando la maleza a golpes de machete, el discurso colonial ha sabido combinar la imaginería de un encuentro cara a cara con el otro, real y peligroso por su proximidad, con la realidad de una dominación y aculturación a distancia, sin la práctica presencia del colonizador: no más de cuatro millones de occidentales estuvieron alguna vez en el continente africano antes de la descolonización.

A menudo confunde el hecho de que asociemos siempre el exterminio ocurrido dentro de Europa a los métodos bien engrasados que lo llevaron a cabo. La máquina programada de Auschwitz sigue rigiendo poderosamente nuestra reflexión sobre los *métodos últimos* de la Europa industrial a la hora de aplastar la *otredad*. Sin embargo, esa misma Europa utiliza otros métodos en Africa, los *métodos esenciales*, que en nada se asemejan a un genocidio sistemático, pero cuyos resultados son crudamente expuestos por un historiador belga: "No los mataron, se murieron". Europa cacarea que no se puede aplicar ningún concepto de estrategia, cuando no parece haber nada sobre lo que aplicarlo. Se murieron de un montón de causas distintas, no simplemente a tiros. Unas causas tan dispares como las circunstancias

que llevaron a cada uno de los europeos a sobrellevar la cotidianeidad de la supervivencia.

El método del que Conrad habla no es el propio de quien va a matar organizadamente, ni del que planea un futuro negocio. Es el de quien, como hombre de paja, de choque, tiene las manos libres para abrir una vía. Una vez abierta, ya se verá lo que se hace. Cuando el territorio deje de estar vacante, ya se aplicará algún método.

Ese hombre heroico, enviado al centro de la selva, representa la radiante postal en el escaparate de la metrópolis, pero también sirve para ocultar la responsabilidad de los "excesos". Primero lancemos la bomba atómica y luego ya veremos. Y MacArthur será fulminantemente destituido. Como si de un ventrílocuo se tratara, escondido tras su muñeco y desviando toda la atención en él, occidente envía a sus agentes comerciales, a sus militares, a sus exploradores, a sus periodistas o a sus cooperantes, siempre improvisando una nueva ruta o un quirófano en alguna tienda de campaña. Después ya se verá.

## VI

---

"La historia la hacen las herramientas, no las ideas", escribe Conrad en *El agente secreto*. Los mecanismos de la colonización esconden en realidad una condición que a la postre será el fundamento más imperialista: la inmediatez de su aplicación, basada en su sencillez y en su flexibilidad: *"Arrancar los tesoros de las entrañas de la tierra era todo su deseo, sin ningún otro propósito moral que el propio de los ladrones al robar una caja fuerte"*. Muchos analistas se han preguntado hasta qué punto Conrad no fue más allá, dando a entender que el escritor aceptaba el hecho colonial en sí –*"un propósito moral"*– aunque no las formas de su aplicación. ¿Por qué Conrad planteó una crítica a los mecanismos de la expansión europea, pero no sometió a juicio las verdaderas razones de su ejecución? Quizás, porque simplemente el discurso de Occidente no deja nada fuera de su área de influencia. Una voracidad brillante, envolvente: la voz de Europa.

Edward Said, entre otros, ha apuntado agudamente hasta qué punto Conrad era capaz de ofrecer el discurso como una narración globalizadora: "La conclusión de Conrad es que el imperialismo como relato ha monopolizado el sistema completo de representación –lo cual en el caso de *El corazón de las tinieblas* le permite ser el portavoz de los africanos, el de Kurtz, y el de los otros aventureros, incluyendo a Marlow y a su audiencia." Y añade Said: "Lo notable del discurso colonial es cuán totalizadora es su forma, cuán envolventes sus actitudes y gestos, cuánto deja fuera aun cuando incluya, comprime y consolide".<sup>3</sup> Todo queda consumido en el juego historicista del colonialismo. El proceso de fagocitación global constituye el triunfo de Kurtz, "*abriendo la boca vorazmente como tratando de devorar toda la tierra y a toda su población con ella*": en ese acto de antropofagia nace el planeta Kurtz.

El capitalismo es una dinámica con un hambre terrible e insaciable: hay tanta ansiedad por engullir que se alcanza pronto el paroxismo. Cecil Rhodes, fundador de Rhodesia (la actual Zambia) exclamó una vez: "Si pudiera, anexionaría los planetas". El discurso imperial es expansivo y canibal en su naturaleza: hombres y mujeres devorados como mercancías consumibles. Y en esa fagocitación compulsiva, los mundos con otros consumos ajustados a reglas muy concretas y a métodos bien regulados, como los que se encontraron los europeos en Africa, son inmediatamente absorbidos. Porque, para Occidente, no hay cosa más antinatural que un sistema energético "estancado" y sin deseos de crecimiento. En el siglo XIX no se concebía un territorio "sin movimiento": en la actualidad, no se concibe una economía autosuficiente. Toda situación de inmovilidad es inaceptable, proclama Europa, por lo que se hace necesario una total reconversión: "Toda tierra vacante será propiedad del estado", dicta Leopoldo II de Bélgica respecto al Congo. El capital como normal social sólo proporciona "un apetito insaciable o bulimia de ensanchar los dominios", escribía Hobbes en el *Leviatán*.

---

<sup>3</sup> Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, 1993

En el México precolombino, los aztecas ingerían carne humana como ofrenda a los dioses, al sol. No se trataba de un sacrificio esporádico y circunscrito meramente a algunas de las fiestas más significativas: se ha constatado suficientemente lo habitual de la antropofagia en muchos de los rituales militares, religiosos y deportivos. Para el azteca, la energía no era fuente: la energía consume, lo invade todo y todo lo fagocita. La energía es concebida como abasto y por lo tanto tiende a agotarse; por lo que el consumo (de vidas humanas) es siempre constante y no se puede alterar.<sup>4</sup> Kurtz es la "sombra insaciable de apariencia espléndida"; Kurtz es el *homo economicus* que lo pretende todo, pues como el sol de los aztecas que invade todas las esferas humanas, así el capital, el beneficio inmediato y la búsqueda insaciable de nuevas fuentes y mercados hacen de los métodos de Kurtz una religión: la divina acción.

## VII

---

En el centro de Bata, la capital continental de Guinea Ecuatorial, hay un restaurante llamado La Ferme, en donde habitualmente se reúnen algunos de los españoles "viejos" afincados en Guinea. Allí comen, chismorrear y juegan a las cartas en el piso de arriba. El establecimiento podría estar en cualquier calle de Burgos o de Cáceres. Todo el interior está recubierto de madera oscura y hay mesas repartidas por la sala: un típico mesón. El bramido de TVE, como siempre, campa a sus anchas. Los camareros son sin duda guineanos y responden a las órdenes de una pareja española que sin duda regenta el local. Uno espera, de alguna forma, encontrarse con Kurtz allí, pero la realidad se presenta mucho más prosaica.

El restaurante tiene una terraza que da a la calle. Allí se suele ver a españoles con estupendas señoritas guineanas: mientras ellos comen de primero una ensalada y hablan por el móvil, ellas, vestidas de negro y elegantemente reclinadas sobre el respaldo de la silla, fuman con

---

<sup>4</sup> Christian Duverger, *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*, 1979

desdén y miran hacia el horizonte que se esconde detrás de ellos. Ninguna de ellas parece tener hambre, al contrario que sus parejas. A veces, pilotos rusos fugados del ejército rojo y que ahora operan privadamente en el golfo de Guinea, comen en silencio frente a unos langostinos, todo bien regado de gaseosa. Algunos guineanos, vestidos impecablemente, y tremendamente amigables, estrechan las manos por doquier.

Los dueños del bar la emprenden con unos guineanos que están construyendo un muro para separar en dos la terraza: "A mi, no me vais a engañar más", dice. El ruso, mientras tanto, se esfuerza mediante señas en explicarle a uno de los camareros que quiere el pollo muy hecho. El dueño profiere serias amenazas a los trabajadores por su inanidad y su indolencia, amén de emplear un lenguaje directo y un tono tajante en sus sentencias que, desde luego, en otros muchos sitios darían lugar a un inminente descalabro.

Por allí, se mueven personajes como P., un madrileño de unos 50 años. Posee una plantación de cacao en la isla de Malabo, llamada La Gaditana. Juega al tenis con Obiang, y con otros americanos del petróleo, pero le deja ganar.

Por allí también pulula M., vitoriano, de unos 60. Retirado del negocio de la madera en Guinea, sólo se lo hace con chicas de quince años, porque "las mayores ya son todas unas guarras". Nos dice que el tronco de ocume se compra a tres mil pesetas para venderlo en Valencia a tres millones. "Esto es una gozada. ¿Quién se quiere volver para España? Yo estoy allí dos semanas y me vuelvo loco. Aquí es otra cosa. Se sabe vivir."

Aunque no todo el mundo piensa igual. La directora de una agencia de cooperación internacional en su sede de Bata, una mujer de mediana edad que muy probablemente nació entre celofanes de algún barrio alto de Madrid, y que gana un sueldo astronómico bajo cualquier estándar, vive aterrorizada cada vez que tiene que salir de casa: "Este sitio me da un miedo terrible. Aquí es imposible trabajar"

"No pretendo ser capaz de darle instrucciones sobre qué ruta escoger o cómo comportarse con los jefes y los pueblos nativos", le escribe el ministro de colonias francés al capitán Voulet en 1898 respecto a su expedición por el río Niger y el lago Tchad, que marcará algunas de las brutalidades más salvajes de los franceses en Africa.

Los exploradores europeos en Africa se regían fundamentalmente por decisiones individuales, que a la postre, dado que no existía ningún patrón en las guías de viaje que circulaban en aquellos tiempos, se convirtieron en la verdadera guía. La premisa central era "no sucumbir", "*mantener el prestigio a toda costa*", como señala el director de la compañía en *El corazón de las tinieblas*, relacionando prestigio y superioridad. La exploración europea en Africa, por ejemplo, no puede ser definida en términos de operación, sino de movimiento, como ha mostrado Johannes Fabian: no habían tácticas sino dinámicas. El viaje como movimiento era en realidad un viaje lleno de inmovilidad: algo que exasperaba a los europeos. Bajo esas circunstancias de quietud, lo más importante era "mantener la dignidad", como muchos de los exploradores escribían en sus diarios. Una expedición que durara un año, se dividía en una media de 100 días de movimiento por 265 días de inmovilidad: "Ir a lugares ocupaba mucho menos tiempo y quizás menos energía que quedarse en ellos". La gloria del viaje radicaba en la fuerza moral a la hora de tomar decisiones "aquí y ahora", no en el establecimiento de relaciones (métodos) con los africanos, algo obligado si las caravanas debían parar durante un cierto tiempo.

"De entre los viajeros que encontramos, el más notable de todos ellos era un belga [...] profundamente ignorante tanto del trabajo a realizar como del país que tenía frente a él. [...] Su majestad le había dicho: 'Vé a Zanzibar y organiza una caravana para viajar al interior'. Esto ya era suficiente para él, y sin considerar la trivialidad de si estaba preparado o no para tal misión, inmediatamente partió hacia el Africa central."

La acción, la santa acción era ya suficiente verdad para que se convirtiera en estrategia por sí misma. Una acción redimida por los enormes beneficios a conseguir. Leopoldo II, emitió un decreto en 1891 que daba a sus representantes en el Congo un monopolio sobre el comercio de caucho y marfil. Por el mismo decreto, los nativos estaban obligados a proporcionar las materias primas y la mano de obra, lo que en la práctica significaba que el comercio no era necesario en absoluto: "Al tratar con una raza compuesta de caníbales milenarios, se hace necesario utilizar métodos que remuevan de la mejor manera su indolencia y les haga conscientes de la santidad del trabajo": se trata, dice Leopoldo, de "procurar a las poblaciones indígenas el hábito del trabajo. Esta operación se reduce a quitar a los indígenas lo suficiente cómo para obligarlos a trabajar para vivir: el provecho es inmediato", porque el capital se queda tanto la mercancía como el trabajador. El pago por ese trabajo ya nos lo describió Conrad: *"La mayor parte de las veces emprendía esas expediciones en busca de marfil. 'Pero no tenía ya para entonces mercancías con las que negociar', objeté. 'Todavía ahora le quedan algunos cartuchos', respondió, mirando hacia otro lado."*

Africa se convertía así en un proyecto comercial europeo basado en la épica de la acción redentora, en la *capacidad* de salvar las vacías vidas de aquellos infelices. Cuando se dan cuenta de su *incapacidad* para salvarles, cuando Europa se aflige ante la "inconsciencia" de los africanos ante la bendición del trabajo y del mercado, entonces comienza el holocausto, esto es, la seguridad de que en realidad ya no hay métodos absurdos, de que ya no hay restricciones morales: *"Exterminad a estos bárbaros"*, escribe Kurtz al final de un informe sobre la eliminación de las costumbres salvajes. Ni tampoco restricciones diplomáticas, puesto que, la letra pequeña del darwinismo político dice que el desconocimiento de la ley por parte de los africanos no les exime de su cumplimiento. O en palabras del general americano Homer Lea: "el arbitraje internacional no tiene en cuenta el carácter inexorable de las leyes naturales", y así decenas de miles de indios americanos serán exterminados sin contemplaciones.

La tierra queda vacante para ser ocupada por el estado, gracias a la ley natural de la bulimia. El derecho europeo gobierna en base a la creación y constatación de una situación de hecho que queda regulada como ley. Stanley se denodó en conseguir la firma de 450 tratados con jefes locales congolese, por los cuales el Estado Libre del Congo (o sea, Leopoldo II de Bélgica) se convertía en el propietario real de las tierras y en el recaudador de impuestos y servicios sin que los reyes africanos apenas conocieran su contenido y significado. Se trata del *derecho de injerencia* que tan popular respuesta ha tenido en la política africana durante los últimos años: "Cuando emerge la nueva noción de derecho en el contexto de la globalización y se presenta como capaz de tratar la esfera planetaria, universal, como un único escenario sistémico, debe asumir un prerrequisito inmediato (actuando en un estado de excepción) y una tecnología adecuada, plástica y constitutiva (las técnicas de la policía)".<sup>5</sup>

Así, el Congo, sin K, fue el resultado de un acuerdo europeo en 1885 para la explotación económica de una zona central de Africa, que iba a ser gestionada por una entidad de nuevo cuño, implantada sin contemplaciones, sin complicaciones. Esa entidad legal se llamaría Estado Libre del Congo, sería propiedad del rey de Bélgica, Leopoldo II, y no del estado belga. El territorio fijado en una mesa de caoba en Berlín era ochenta veces mayor que Bélgica; un país, por cierto, nacido apenas cuarenta años antes. El Estado Libre debía proporcionar todas las facilidades para que los comerciantes europeos operasen libremente a lo largo del río Congo y de su inmensa cuenca, que abarca todo el país. El discurso, sin embargo, ensalzaba y legitimaba valores de civilización, ayuda humanitaria y progreso; llevar la luz al corazón de la oscuridad. Mientras en aquel tiempo Europa trazaba sus geopolíticas haciendo encajes de bolillos diplomáticos, ni imaginaba por otro lado la posibilidad de una actividad negociadora con los africanos: no hay nada que discutir, cuando no se tiene una voz que representar, cuando la selva está muda:

---

<sup>5</sup> Michael Hardt & Antonio Negri, *Empire*, 2000



*"Percibí cuán grande, cuán inmensamente grande era aquella cosa que no podía hablar, y que tal vez también fuera sorda".*

## IX

---

"Tengo el honor de poner en su conocimiento que a partir del 1º de enero próximo es menester suministrar mensualmente cuatro mil kilogramos de caucho. A tal efecto, tienen ustedes carta blanca. Disponen de dos meses para estimular a sus poblaciones. Hagan uso primero de la suavidad, y, si las gentes persisten en no aceptar las disposiciones del Estado, empleen la fuerza de las armas", exhorta un comisario belga en el Congo a todos los jefes de puesto en 1899.

La dinámica colonial se fundamenta esencialmente en la "libertad de acción", en la fuerza del individuo y del mercado para regular flujos que de otra manera quedarían anquilosados e improductivos. En la desintegración del método está la auténtica salvación, la supervivencia y la riqueza inmediata. Cuantas menos estrategias se apliquen en Africa por europeos y africanos, mejor para todos. Así lo entendió Mobutu Sese-Seko, dictador del Congo durante más de treinta años, cuando arengó al pueblo con la siguiente máxima: "Debrouillez-vous", "apañaoslas como podais", que será popularmente conocida como el "Artículo 15" de la constitución del Zaire.

En una reciente cumbre entre la Unión Europea y la Organización de Estados Africanos en El Cairo, Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, avisa en el discurso inaugural a todos los participantes de una condición innegociable para el buen éxito de la reunión: "No estamos aquí para hablar de la deuda externa". En el orden del día, aparecen los programas de ayuda y desarrollo, de comercio exterior (dumping, proteccionismo), créditos y préstamos, exportaciones de capital, etc. Pero la deuda externa es innegociable. Europa no es culpable de tener siempre hambre. "El capitalismo no quiere la guerra, pero... es demasiado anárquico para poderla impedir",

declaraba Jaurès en el siglo XIX. El capitalismo no quiere la guerra ni el engaño, aunque los comerciantes los usen como métodos.

Hace pocos años, Teodoro Obiang Nguema, dictador de Guinea Ecuatorial, viajó a los Estados Unidos junto a un gran séquito de técnicos y políticos para cerrar un contrato de extracción de petróleo en las costas guineanas con la empresa norteamericana Mobil. Un jet privado fue fletado hasta Nueva York, en donde la delegación guineana fue paseada y agasajada por la multinacional sin reparar en gastos, hasta el punto de que muchos de los componentes de la expedición volvieron a casa con maletines repletos de dólares, restos de las dietas que habían recibido durante su periplo americano. Una vez en Texas, sede la compañía, todo el mundo fue obsequiado con estupendos sombreros y botas vaqueras hechas a mano, amén de ser tratados como reyes. El contrato final acordó que el estado guineano recibía el 10% de los beneficios. *A cambio*, la empresa norteamericana se quedaba con el 90% de los mismos.

El capitalismo no teme la guerra ni el engaño porque hay todo un planeta para llevarla a cabo en su nombre.

## X

---

Acongojado todavía tras leer *Los poderes de la tempestad*, de Donato Ndongo, una historia de Guinea bajo la barbarie de Macías, un policía secreto empieza a vociferar en medio de una calle de Malabo, exigiendo la cinta de video. -"Aquí está prohibido filmar". Inmediatamente se pone a dar órdenes por el móvil -o eso parece- y llama a los muchachos de una tienda para que se fotocopien inmediatamente los pasaportes, lo que se realiza con una gran diligencia. Le pido que me enseñe la placa: -"¿Me estás fiscalizando?, escupe con una voz y una mirada secas. Comienza la fase del terror. No parece haber ningún método en absoluto en los procedimientos de control empleados por el agente. Simplemente su voz basta para fijar los patrones de comportamiento. Una modulación exacta en el tono y en

el volumen producen los efectos deseados: la sumisión y la entrega de la cinta. En realidad ese policía es simplemente una voz, que con la entonación apropiada y unos gestos bien estudiados, transmite el pavor en forma de onda expansiva: "*¿Qué puede usted esperar?*", estalló. *'Llegó a ellos con truenos y relámpagos, y ellos jamás habían visto nada semejante...'*"

## XI

---

Paradójicamente, el discurso colonial ensalza a hombres que, como fin último, tienen que autoinmolarse: "*La conquista de la tierra, que por lo general consiste en arrebatarla a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que la redime es la idea... ante la que uno puede postrarse y ofrecerse en sacrificio*". Es el destino que deben sobrellevar para cumplir así el dictado propio del capital y de la eficacia. La vanguardia del imperio es siempre suicida, autoconsumiéndose en el cenit de la bulimia. Como Kurtz, los hombres que abren brecha, son estrellas que antes de explotar brillan en un último fulgor de un segundo, con un resplandor terrible, para después apagarse y desaparecer. Se trata de llegar a la cumbre y evanescerse. Ese momento mortal, de una luz cegadora, es como un flash térmico, como una bomba atómica que deja todo lo que hay alrededor listo para ser recogido y empaquetado: es el momento de que aparezcan los hombres con el mono gris para recolectar la fruta que con la sacudida del suelo ha caído de los árboles.

Los héroes de Europa responden siempre al mismo proceso: dieron la vida por la causa hasta el final. El entusiasmo del héroe abre las puertas y los caminos de la historia, pero el precio que paga es su propia desaparición. Y Europa rinde culto supremo a esos hombres: los envía a la muerte porque de esa manera se asegura los beneficios. Después vendrán las estatuas y los discursos sobre los mártires. En la dramatización radiofónica que Orson Welles realizara de *Heart of*

*Darkness* en 1945, Kurtz ironiza: "y me harán una estatua en un parque público... habrá una, ya lo creo... una grande... de muy mal gusto. Y desde ese día, cada año, harán discursos, me dejarán flores en mis pies de piedra, y los jóvenes cantarán canciones sobre mi. No, Vds. nunca lo entenderán... pero el marfil, les he conseguido el marfil, ¿lo entiende, eso?"

El capitalismo sin duda ha cosido el planeta, pero en sus costuras hallamos los signos de la actividad de Kurtz: terroristas suicidas, kamikazes, financieros arrojados por la voz del beneficio inmediato que resplandecen en una gloria efímera para acabar sumidos en la tierra de nadie... allí donde la oscuridad: *"La suya era una oscuridad impenetrable. Yo le miraba como se mira, hacia abajo, a un hombre tendido en el fondo de un precipicio, al que no llegan nunca los rayos del sol."*

El integrismo, el fundamentalismo y la globalización son dinámicas que comparten un proceso común: una carrera desenfrenada hacia un objetivo delimitado. Un palestino vestido con bombas que hace explotar en una parada de autobús; los pilotos de los aviones que se estrellaron en las torres de Nueva York; el empresario que un día se forró para acabar arruinado en la soledad de una bala o de una celda... en esos actos de autofagocitación, de egofagia, el mundo se revela como el campo de batalla de una mentalidad expansionista y entusiasta, que nunca negocia ni piensa en la posibilidad de la rendición.

Pero para llegar al objetivo son necesarias ciertas técnicas, la principal de las cuales es el camuflaje. El discurso fundamentalista debe esconderse bajo la guisa de algo natural a lo que las masas deben adherirse. Las ideas de civilización, supervivencia y honor son las máquinas de coser que tejen los vestidos de la invisibilidad. Bajo esos argumentos convertidos en mitos, se despliega el quehacer integrista, globalizador. "No me lo puedo creer. Nunca lo hubiera dicho. Parecía un chico tan majo, tan normal, tan amable", explicaba sorprendida la inquilina en bata del 3º<sup>2ª</sup> ante las cámaras, tras la detención de los vecinos del piso de arriba, unos peligrosos etarras.

Camuflados en el orden y en la apariencia, el Kurtz contemporáneo ha asumido el acecho como la ley fundamental de cualquier actividad, trasladando el lenguaje de los felinos africanos al discurso social. Toda criatura en acecho desaparece, se emboza en el secreto como en otra piel y permanece largo tiempo a su abrigo, hasta que ataca sin vacilaciones, siendo ése el único momento en que se muestra, con un fulgor brevísimo, terrorífico y radiante, ha escrito Elias Canetti.<sup>6</sup>

Mediante el camuflaje, el secreto y la invisibilidad lideran la acción. La corrupción es habitualmente secreta, y cesa su existencia cuando se muestra públicamente en forma de explosión incontenible. En la invisibilidad de la distancia, lejos de la metrópolis y del escrutinio público; en la invisibilidad de unas armas que matan a lo lejos, de ametralladoras que el enemigo jamás puede ver o de despachos a miles de kilómetros de la plantación, los colonos europeos practicaron el "exterminio de los bárbaros"<sup>7</sup>. Hoy, la proximidad revelada por los medios de comunicación crea exactamente la misma oscuridad, porque nos hace incapaces de coger distancia y adoptar un juicio. Ese ejercicio de proximidad, al englobarlo todo en el mismo territorio y proponer un mundo totalmente interconectado, priva de cualquier intento de reconstrucción.

*"Sentí un peso intolerable que oprimía mi pecho, el olor de la tierra húmeda, la presencia invisible de la corrupción victoriosa, las tinieblas de la noche impenetrable..."*

Una corrupción siempre al acecho, esperando la víctima más débil para saltar encima y devorarla. Es entonces cuando los despojos sirven para alimentar el resto de la manada.

## XII

---

---

<sup>6</sup> Elias Canetti, *Masa y poder*, 1960

<sup>7</sup> Sven Lindqvist, *Exterminate all the Brutes*, 1992

Tras algunas semanas en suelo guineano, y cerca de una ciudad llamada Niefang, doy las tres pastillas de Farsidán que me diera la doctora a un lugareño con evidentes síntomas de malaria, resaltándole la importancia de tomarse las tres de una sola vez. Algo más tarde las vende por separado entre sus vecinos. "¿Por qué he de tomarme las tres de golpe cuando puedo repartirlas en el tiempo?", reflexiona el enfermo.

Desde el principio de la colonización, el africano enseguida comprendió la naturaleza bulímica del europeo; el enorme tesón con el que éste buscaba consumirlo todo, sin dar nada a cambio: "¿Cómo puede ser el blanco un buen hombre cuando no viene para comerciar, cuyos pies nunca puedes ver, quien siempre va cubierto con vestidos, no como el resto de la gente? No, hay algo muy misterioso en él, embrujado... quizás es un mago. En cualquier caso, es mejor dejarlo solo y no molestarle."

"El hombre blanco es incansable: su barco, siempre envuelto en humo, nunca se agota. Es imposible seguirlo. Cuando nuestros brazos gritan de cansancio tras horas de remar, el barco de los blancos continúa río arriba sin que nada le afecte".

### XIII

---

"Esta es la historia de un fracaso", escribe Ché Guevara al inicio de su diario del Congo, en el que describe los meses que pasara junto a otros revolucionarios cubanos en las selvas congoleesas en los años sesenta, entrenando tropas y luchando contra los mercenarios de Tschombe. Es la historia del fracaso de un método: la trágica constatación de que éste no puede aplicarse tan fácilmente fuera de casa, fuera del barco. "Hay que tener el espíritu realmente bien templado para aguantar las cosas que suceden aquí; no se trata de hombres buenos, aquí hacen falta superhombres...", escribe en otra página del diario. El Ché, según sus propias palabras, luchó vehementemente para que sus hombres no sucumbieran y mimetizaran las actitudes africanas. Quería superhombres con la fuerza necesaria

para sobrevivir cuando ningún método es aplicable, y con la energía suficiente para prevenir el peor de los contagios: el de la tentación. Nada concebía el Ché menos *eficiente* que caer en el abismo de la otredad: a punta de pistola conminaba al resto de cubanos a *conservar la dignidad* y no dejarse llevar por el derrotismo, cuando los planes no salían como estaban previstos. Se trataba de que no acabaran siendo negros, aún cuando muchos de los mismos cubanos lo eran. Como el capitán Paul Voulet, que anunció en 1899, desde el centro de Africa: "Ya no soy francés. Soy un jefe negro". Tras una romería de masacres en nombre del gobierno francés entre las gentes del lago Chad, Voulet fundó un reino propio en el Sudán. París envió un contingente armado al mando del teniente coronel Klobb, que moriría de un tiro al primer día de llegar. Lo mismo que Voulet un poco más tarde, pero a manos de sus propios hombres.

O como Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, que naufragaron en 1511 en la costa de Yucatán, en ruta militar hacia la conquista de México. Tras ocho años entre los mayas, un barco español dió con ellos por casualidad. Aguilar se convertirá en el principal intérprete de Cortés. Pero Guerrero, con la cara medio desfigurada por las cicatrices rituales, rechazará volver con los marineros. Casado con una maya, y con dos hijos, llegará con los años a ser nombrado *cacique*. Guerrero acabó organizando el contraataque de indios que causó el descalabro de la expedición de Fernández de Córdoba. En 1536 era asesinado por los españoles.

O como 007, el norteamericano Anthony Poshepny, que fue lanzado en 1962 sobre las líneas norvietnamitas en Laos con la consigna de sembrar el desorden, aunque una vez allí las cosas se torcieron de una manera imprevista. Reclutó un ejército privado de diez mil nativos, se casó con una princesa e hizo de la jungla su hogar. Tras diez años en la selva, Poshepny rechazó las órdenes de sus superiores de volver a casa. Poco más tarde, los chinos, los norvietnamitas, Pathet Lao (los comunistas de Laos) y los EEUU lo querían muerto a toda costa,

y ponen precio a su cabeza. Desapareció en la espesura del bosque hasta que volvió a su casa en California en 1996.

¡Qué terror le tiene Occidente al mago que traiciona a sus colegas revelando los trucos!: *"Me comprometí con la Compañía a no revelar ningún secreto comercial, cosa que no voy a hacer"*, dejaba claro Marlow frente a su audiencia. Saddam, Noriega o Bin Laden son productos de la factoría norteamericana y han acabado indefectiblemente consumidos por el padre punitivo, como los hijos de Saturno. Ellos sí revelaron los secretos, y por su propia voracidad los hicieron estallar como supernovas.

El Ché no se podía permitir ninguna de estas explosiones. Porque él sí tenía un método: la revolución, la iluminación disciplinada que lleva a la libertad. Pero fracasó, porque aterrorizado entrevió que la revolución quizás no era necesaria: "Jamás había visto cosa igual. Estaban convencidos de que las balas nunca les tocarían". Y presa del pánico, tan cerca de la zona de contagio, tan expuesto a la tentación que sigue al fracaso, marchará del Congo tras unos pocos meses de emboscadas y marchas.

## XIV

---

"Si un peligro visible nos permite un estrategia de ataque o huida, lo oculto, lo microscópico nos deja en manos del azar. La mirada animista de la jungla está atenta a lo invisible, a lo oculto que se esconde en los seres animados e inanimados, a lo imprevisible. El mal lo ocasiona su proximidad. La muerte es la consecuencia final de una hechicería. Cuando el mal está oculto y su acción es inadvertida no podemos aplicar ningún método; sólo queda el azar. ¿O no es la magia un método que intenta subyugar el azar?"<sup>8</sup>

## XV

---

---

<sup>8</sup> Javier Camarasa



Cerca de la catedral y del recinto presidencial, en el centro de Malabo, y frente al Centro Cultural Hispano-Guineano, hay una terraza con un bar que se asoma a la bahía del puerto. La barra y las mesas, servidas por unos chinos, están repletas de rollizos y rudos técnicos norteamericanos y franceses de permiso, procedentes de las plataformas petrolíferas de la costa. Y como mosquitos, las BBs (buscablancos) revolotean como un enjambre entre los divertidos clientes. Ningún repelente parece capaz de prevenir ese ataque: en realidad, si existiera, a nadie se le ocurriría utilizarlo.

"¿Me invitas a una cerveza?", me dice una tal Sonia; una mujer que sólo de mirarla te quita el hipo. Así suele comenzar toda conversación en ese recinto. Sonia se ha sentado en mi regazo, me ha echado su poderoso aliento etílico y ha rodeado mis hombros con su brazo. Descuidadamente, me mira con sus ojos algo vidriosos y se dedica a jugar con el lóbulo de mi oreja derecha, mientras jugamos a si soy español o no. Intento conservar la calma. De repente, se sienta a horcajadas sobre uno de mis muslos en fehaciente demostración de la temperatura tropical de su entrepierna. Me alegro de llevar pantalones largos para así poder evitar la picada más fácilmente. Me da un beso de periquito en la boca, y me imagino a mi mismo como un claretiano sudando ante la tentación, abrumado por un desorden que roe las ideas hasta los cimientos. Me doy pena, porque siento vergüenza: me avergüenzo porque siento pena. Sonia ya se ha acabado la primera cerveza. Quiere una segunda. Miro a mi alrededor para convencerme de algo, de cualquier cosa: y lo que veo es el fluir de las botellas de cerveza y de los dólares, como si fueran los últimos cartuchos que aún quedan para negociar.

Sonia pierde el interés por mi. Un gran 4x4 con la bandera de la Unión Europea aparca frente a la verja de la entrada. Y de él salen unos franceses bien arreglados, sonrientes y con evidentes indicios de que tampoco llevan repelente. Veo a Sonia volar por el aire, agitando sus

alas descentradas por la bebida, en dirección hacia el coche. Al rato, uno de los franceses ya tiene su lóbulo de la oreja ocupado.

A veces creo que lo que pasa aquí es que todas las luces están siempre encendidas.

## XVI

---

La bandera del Estado Libre del Congo tenía fondo azul marino, azul de mar no de cielo, del espacio conquistado a la distancia. Sobre ese fondo azul brillaba una estrella amarilla de cinco puntas. Desde entonces, otros Congos han proliferado. Hoy, la bandera de la Unión Europea es una miríada de estrellas amarillas de cinco puntas que resplandecen rutilantes sobre un fondo azul, azul de cielo, porque el espacio ya ha sido conquistado en su totalidad.

Así pues, señores, ahora ya pueden aplicar algún método en el territorio.